

misma cantidad de hilo ó de tejido, y en su virtud no se modificaron las tarifas; estas previsiones, que estaban conformes con numerosos precedentes, se confirmaron en la realidad, y la dificultad quedó resuelta á satisfacción de todos. Mas para los obreros pagados á jornal la dificultad fué mayor: el salario de estos jornaleros, que recibían ordinariamente 3 francos y algunos 3,50 por día, era bastante bajo para soñar en reducirlo una dozava parte. Se recurrió á otro medio: el de exhortar á estos obreros á una mayor actividad. «Amigos míos—les dijo en sustancia cada uno de los patronos—: vuestra jornada será en adelante de una hora menos; yo podría reducir vuestro salario en una dozava parte; pero no llevo intención de hacerlo, y he aquí lo que os propongo: con mucha frecuencia venís por la mañana un poco tarde y perdéis algunos minutos en vestir vuestras ropas de trabajo; á medio día abandonáis el trabajo un poco antes de la hora, y las mismas pérdidas de tiempo se producen al reingreso y á la salida por la tarde. Suprimiendo estos pequeños momentos perdidos, podréis ganar otra media hora, y, por otra parte, os será fácil ganar otra media hora, durante el curso de la jornada, realizando un trabajo más activo y más sostenido. Cuento con vuestra buena voluntad, como yo os he dado pruebas de la mía.»

«Al principio se pudo creer, me decía M. C.,

que estas observaciones habían producido el objeto deseado, y durante quince días la actividad y la regularidad de nuestros trabajadores compensaron fácilmente la reducción sufrida en la duración de la jornada de trabajo; pero desde la tercera semana, las antiguas gandulerías reaparecieron, y hoy pago yo en realidad á mis obreros un 8,33 por 100 más caro que antes.»

Se dirá, tal vez, que este ejemplo demuestra solamente la inferioridad tantas veces observada del salario á jornal, pero que el salario á destajo es perfectamente compatible con todas las precisiones más minuciosas en la determinación de las obligaciones de cada parte. Es evidente que este sistema de remuneración se presta á las más acabadas y variadas adaptaciones; pero es preciso considerar que no se pueden utilizar tanto como se quiere bajo el régimen del contrato individual de trabajo. A cada paso, observando el engranaje de una fábrica de hilados ó de tejidos de Elbeuf ó de Rouen, se comprueba esta radical imposibilidad. Por ejemplo, en el tejido de la lana, es evidente que el dibujo de la tela, su longitud, el grueso del hilo, su solidez, el número de lanzaderas, etc., pueden influir mucho sobre la rapidez del trabajo, y la tarifa de los salarios por pieza debería tener en cuenta estas diferencias. Pues esta tarifa está lejos de responder á tales exigencias. Ella divide las telas en algunas categorías



muy poco numerosas, asimilando tareas muy desigualmente penosas física é intelectualmente. Todavía se responde á esto, que señala la inferioridad de este método, que es imposible tener en cuenta todas las diferencias de los tejidos, y que, siguiendo por este camino, nunca se acabaría.

La respuesta es justificada mientras se permanece bajo el régimen de la pulverización obrera, pero ello no impide observar que los obreros ganan á veces en una quincena un salario muy sensiblemente superior al de sus compañeros que, no obstante, se han dado más fatiga. Se hace observar, y es cierto, que un obrero no teje siempre las mismas telas, y que uno después de otro tiene su parte en los trabajos ventajosos ú onerosos. La advertencia es justa; pero todavía es preciso que este fenómeno se opere regularmente y que el favoritismo no se insinúe en el reparto de los trabajos, pues si se tiene la indiscreción de preguntar qué precauciones se toman contra este peligro, se averigua que no hay ninguna. «¿Dónde iríamos á parar si buscásemos así la mala intención en todas las cosas! Nuestros obreros saben que les distribuimos el trabajo con equidad, y en último término, cada uno halla poco á poco su cuenta.»

Cuando el perfeccionamiento de las máquinas y la aparición de nuevas telas imponen una reorganización de las tarifas, es también el patrono

quien solo y sin inspección establece las nuevas categorías y fija las asimilaciones. He aquí, á este propósito, un rasgo que demuestra claramente en qué disposición de espíritu, tan poco comercial, se encuentran simultáneamente al formalizar el contrato de trabajo los patronos y los obreros de esta circunscripción.

«Cuando introduzco en mis talleres un telar perfeccionado, me decía M. D..., gran fabricante de pañuelos de algodón en Rouen, que ocupa á 500 obreros y obreras, es raro que esta innovación no proporcione algunas ventajas al obrero que dirigirá el nuevo telar. Ya, en efecto, tendrá menos fatiga, siendo el mismo su salario; ya ganará más, porque el excedente de producción habrá sido superior á la disminución de tarifa en el caso de que ésta haya sido modificada. En estas condiciones se creería que los obreros del taller se disputan la nueva plaza; sin embargo, esta competencia es muy rara, y frecuentemente me ocurre que, después de haber elegido un obrero entre los mas antiguos y meritorios, éste excusa el nuevo sitio que le doy, y me dice *que teme cambiar sus hábitos de trabajo y que no quiere abandonar su viejo telar, al que está unido, al que quiere y al que conoce.*» Y así he visto recientemente quien ha preferido continuar en su antiguo telar, aunque el nuevo le hubiera permitido ganar dos francos más por quincena.» Lo

BIBLIOTECA DE ECONOMIA



más interesante de conocer en esta historia es que el estado de espíritu que manifiesta era frecuente en Elbeuf y en Rouen hasta estos últimos tiempos.

Desapareció hace quince años y bastante rápidamente; pero antes de ahora, al decir de todos los patronos elbevienses, un gran número de obreros tenía verdadera afición por su telar, y sufría verdadera tristeza cuando la usura ó el progreso le obligaba á trabajar en otro (1).

Sería fácil multiplicar los ejemplos y las citas; encontraríamos siempre el mismo contrato á la usanza familiar, según el sistema del *pay as you please*. He aquí un último detalle. Sabido es que el salario á destajo empuja al obrero á la obra mal hecha, al fraude; para evitar este daño nunca deja de someterse la mercancía remitida por el obrero á un examen atento, y se le imponen retenciones de salario proporcionadas á la gravedad de los fraudes. Como para cada artículo son conocidas y catalogadas las diversas negligencias que se pueden cometer—insuficiente vigilancia de los hilos rotos, ataduras defectuosas, manchas en la tela, tratándose, por ejemplo, de

(1) ¿No es cierto que se aclaran las cosas y que se sueña cuando con un personal patronal y obrero de esta naturaleza tiene Francia la pretensión de afrontar la gran batalla del comercio de exportación y de luchar contra la concurrencia angloamericana?

tejidos—, hay necesidad de establecer una tarifa parecida á la que el Código penal, ayudado de los prefectos y de los alcaldes, establece para las contravenciones en la vía pública. Pero además es preciso que la aplicación de esta tarifa esté juiciosamente organizada é intervenida, y en Elbeuf nada de esto existe. Cuando la mercancía es examinada y resulta deficiente, se riñe al obrero, y todavía esta práctica no está generalizada.

Tal es, en los talleres de la industria textil de las regiones que estamos estudiando, el contrato de trabajo; veamos ahora el juicio que hacen sobre él los patronos y los obreros:

«Es indiscutible, dicen los primeros, que las disposiciones y los sentimientos de nuestros obreros se han modificado profundamente desde hace veinte años, y que, si las cosas continúan así, difícilmente podremos continuar fabricando. Hoy el obrero no lleva ningún interés en su trabajo; que ganemos ó que perdamos dinero con la mercancía que nos suministra, le es completamente indiferente, y sólo piensa en ser pagado lo más caro y en trabajar el menor tiempo posible. Cuando el salario es á jornal, el obrero no hace nada de más, y cuando el salario es á destajo, frecuentemente se conciertan los obreros para hacer poco trabajo, á fin de demostrar que no pueden ganarse la vida y de obligarnos á aumentar la



tarifas; y esto sin perjuicio de las infinitas veces en que el trabajo está mal hecho.

No tenemos, ciertamente, los viejos obreros de otras veces, devotos á su trabajo y unidos al taller; ahora no hay conciencia, y nuestra situación se hace cada día más difícil...»

He aquí, por otra parte, el juicio del compañero E..., uno de los obreros más inteligentes y más laboriosos de la plaza de Elbeuf: «Las huelgas del último otoño (1900) nos han prestado un señalado servicio, y si no hubiéramos demostrado á los patronos que éramos capaces de defendernos y de unirnos, estábamos perdidos. Desde hace veinte años, los salarios en Elbeuf han disminuido sensiblemente, y cada día se inventan nuevos medios hipócritas para reducirlos todavía. En 1889, cuando las elecciones de diputados que debían votar las nuevas tarifas aduaneras, los patronos nos obligaron á sostenerles, prometiéndonos una elevación de salario cuando tarifas adecuadas protegiesen el trabajo nacional. Se nos han dado grandes palabras y se nos ha engañado indignamente; desde 1892, la baja de los salarios no ha disminuído, sino al contrario. Los patronos os dirán que nos pagan el mismo salario en todo tiempo, ganen ó pierdan dinero. Esto es absolutamente inexacto, y nunca dejan de hacer cerrar sus talleres cuando sus telares producen pérdidas. Tal vez el salario teórico sea el mismo

tan sólo se abstienen de añadir que no hay ocasión de reducirlo porque se nos despide y se nos impone el paro forzoso. No se puede pedir que los patronos trabajen para perder, pero al menos deberían elevar nuestros salarios durante los años prósperos, en vez de explotarnos con el pretendido sistema del salario fijo.

«El salario tiende, cada día más, á ser á destajo, y nosotros no seríamos hostiles á ello si éste no fuera un nuevo medio de explotarnos. Cada vez que se comienza la fabricación de una tela nueva—y usted sabe que las novedades se suceden rápidamente en nuestra época—, se arregla siempre para incluirla en la tarifa más onerosa para nosotros, y como es imposible en el actual estado de cosas saber exactamente lo que un obrero puede dar en esfuerzos físicos é intelectuales, se aprovecha para oprimirnos. Cada año se nos impone una rapidez creciente de trabajo.

«¡Qué de abusos, también, en la distribución de las tareas! Los patronos dicen que este reparto se hace equitativamente; esto no es más que cebo. La verdad es que los obreros más sumisos, los más dóciles y aun los que profesan las opiniones políticas del patrono, son los favorecidos. El obrero que tiene la desgracia de dar su nombre á uno de los tres sindicatos de la industria lanera ó que, con la mayor razón, toma la iniciativa de la resistencia á la explotación patronal, está para siem-

BIBLIOTECA DE ECONOMIA Y SOCIOLOGIA



pre asegurado de tener que tejer tejidos ingratos. ¿Cómo queréis que impidamos nosotros este abuso? Y muchas veces, el mal es todavía mayor y los excesos más monstruosos, cuando el reparto de trabajo se realiza entre las mujeres.

»Por último, bajo pretexto de mala obra, se nos imponen retenciones absolutamente inicuas, y se encuentra el medio de vender las telas cuyo trabajo no se nos ha pagado; á menudo también se nos engaña en la medida. Cuando nosotros nos quejamos de estos abusos, se nos dice: «Si lo que afirmáis es verdad, id ante los hombres buenos.»

»Los que nos dan este consejo se burlan ciertamente de nosotros, porque la mayor parte de las veces una victoria ante los hombres buenos es la peor cosa que puede ocurrirnos, ya que el contra-maestre tiene sobrados medios de vengarse cuando nosotros hayamos hecho constar su falta. Unase á esto que á menudo falta el trabajo. En esta plaza, dos veces cada año, un gran número de nuestros compañeros están parados durante cinco semanas; esto es lo que se llama «el intermedio de estación», durante el que el tejido de «la novedad» está completamente parado. Pues lejos de preocuparse en disminuir esta paralización ruinosa, los patronos sólo piensan en extenderla todavía, para tenernos sometidos á su discreción. Especialmente durante los años en que el comer-

ció es menos activo y en que los patronos se hacen una concurrencia más áspera, acontece á menudo que un patrono, para «soplar» á otro un fuerte pedido de un exportador parisién, contrata á bajo precio obreros recogidos no importa dónde y hasta jóvenes aprendices. Por este procedimiento él arroja hacia el taller un gran número de brazos cuya oferta pesará en seguida sobre el mercado de trabajo, deprimiendo la tasa de los salarios. Nadie se hace cargo del mal que esta consecuencia nos causa. Usted pretende que los patronos no son todo lo explotadores que nosotros nos imaginamos y que esos beneficios son mucho menores de lo que creemos. Yo no lo sé, pero reconozco al menos que los patronos, exclusivamente preocupados de sus gastos generales, de la compra de sus primeras materias y de la venta de sus productos, jamás se inquietan por los efectos que produce sobre nosotros y sobre nuestras familias este espantoso régimen industrial. Ellos ignoran completamente los males que nosotros sufrimos; nos acusan de hostilidad inacabable, y nada hacen para mejorar nuestra condición. Puede ser que no puedan hacer nada, es posible; pero es lo cierto—y aquí mi interlocutor me miró fijamente—*que nosotros estamos perfectamente decididos á abolir este régimen odioso, que estamos cansados de ser tratados como parias y como simples máquinas entregados á to-*

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



*das las miserias y que nos preparamos resueltamente para la guerra de clases.»*

He ahí el juicio que tienen sobre sus relaciones y sobre su contrato de trabajo los patronos y los obreros de la región por mí estudiada. Lo peor es que, bajo el beneficio de una reserva importante, este doble juicio está en casi todas sus partes plenamente justificado, y me parece que caracteriza con precisión el estado caótico y anárquico de las relaciones que el contrato individual de trabajo desenvuelve fatalmente en todas las industrias que han hecho su evolución hacia el régimen del gran taller. Los unos y los otros se equivocan cuando se acusan recíprocamente de astucia, de fraude, de maniobras hipócritas, etc.; afortunadamente estos defectos son extremadamente raros en estos lugares, y se tiene, por el contrario, cuando se frecuentan las leales y honradas poblaciones de Elbeuf y de Rouen la ocasión repetida de observar la afabilidad y la rectitud naturales á todos sus hombres.

Los dos contratantes son los instrumentos de una fuerza poderosa, cuya acción no discurren, porque ella sola produce todos los efectos que se imputan á la mala voluntad de la parte adversa: esta fuerza es la concurrencia. No se conserva impunemente en un gran taller con motor mecánico, de muchos centenares de caballos de vapor y que ocupa de 1.000 á 1.500 obreros, un método

contractual perteneciente á tiempos en que, dentro de un pequeño taller y con un telar á brazo, dos ó tres obreros trabajaban al lado de un patrono que era también su amigo. Entonces, que todo estaba renovado y profundamente modificado, los métodos del trabajo, como la utilidad; el modo de compra de las primeras materias, como las relaciones con la clientela, una sola rueda dejaba lo mismo el contrato de trabajo y el modo de entenderse el patrono y el obrero. La concurrencia ha venido á poner su pesada mano entre los dos contratantes y ha hecho estallar brutalmente ante sus ojos la nulidad de la concepción «de los buenos chicos», con la que se habían alabado de establecer sus relaciones. Mientras pasan el tiempo echando de menos melancólicamente la época de los «buenos patronos» y de los «bravos obreros»—como si fuera legítimo reclamar las ventajas de un estado social cuando no se aceptan sus inconvenientes—la concurrencia los echa unos sobre otros y siembra entre ellos la discordia y el odio. *Bajo pena de ruina*, ella obliga al empresario—que no debe llevar el nombre de patrono—á exigir del obrero la mayor cantidad posible de trabajo por el menor precio; y el obrero, irritado de este proceder que no comprende en un hombre que se llama su amigo y que á menudo le repite que el taller es el segundo hogar doméstico, se cree víctima de una traición y se

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



defiende como puede, no dando más que un trabajo poco intensivo y de mala calidad.

Inconsciente y fatalmente, cada parte se dedica á inventar las más variadas estratagemas: el uno para pagar el menor salario posible, el otro para resistir á un esfuerzo tan intensivo como mal remunerado; y así este contrato de trabajo, que se llamaba un contrato de buena fe, cuya intención era tan lacónica y tan vaga en sus cláusulas, porque contenía esta cláusula esencial que hacía innecesarias cualesquiera otras, á saber: la bondad, la simpatía y el mutuo afecto, se transforma en una oscura cueva donde se emboscan la habilidad, el agio y, muchas veces, la astucia sin escrúpulos, la mentira y la mala fe.

Tal es, en efecto, el íntimo enlace de los fenómenos de cualquier orden, en que es el hombre á la vez causa y efecto: se comienza por la violación de las leyes sociales, que se ignoran y se consuela de su ignorancia diciendo que todo se arregla con la bondad y con el afecto, y pronto se observa con espanto que la moralidad misma no es menos intangible, y que la virtud ha declinado á medida que la mala organización social engendra todas sus consecuencias. El resultado es, pues, total, y se le ve con perfecta claridad cuando se estudian las relaciones entre el trabajador y el que lo emplea. En los contratos sinagmáticos, un principio de equidad y de razón

permite á una de las partes considerarse como desligada de sus obligaciones cuando la otra parte no cumple con las suyas. Este principio se aplica aquí de una manera superabundante, y cada uno de los dos contratantes tiene la persuasión de que todo le está permitido y no tiene por qué preocuparse de la extensión de su obligación, pues que el otro ha comenzado por desconocer la suya. Cada uno busca engañar al otro y procura compensar las pérdidas que sufre, produciendo otras á su adversario. Cuando se llega á esto, no se está muy lejos de ceder á las sugestiones de la estafa y de la astucia, y de esta suerte, los hombres honrados y leales llegan muy á menudo á cometer acciones claramente reprensibles.

¿Precisa añadir que bajo este régimen se tiende fatalmente hacia el motín y la lucha? Esta evolución no es la obra de un día, y necesita de muchos años, durante los cuales parece que nada cambia y que la buena armonía no está amenazada; pero el trabajo subterráneo continúa, y una mañana se despierta al ruido de una huelga general, que es el anuncio de acontecimientos más graves todavía. Los elbervianos han conocido en el mes de Noviembre de 1900 este doloroso despertar, y no es menester hallarse dotado de una perspicacia especial para predecir á los industriales de Rouen que también les tocará su día: el resultado es infalible, porque jamás se puede

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



violiar impunemente una ley social fundamental.

El único remedio consistiría en establecer entre los patronos y los obreros un contrato colectivo de trabajo preciso y en forma comercial, cuya observancia estuviera asegurada por poderosas asociaciones patronales y obreras; pero, por desgracia, los patronos no quieren oír hablar de los sindicatos que detestan, y los asalariados no son todavía capaces de constituir asociaciones serias, pacíficas y disciplinadas. Como se comprende, esto es un fragmento, si puede hablarse así, de la crisis general por que atraviesa nuestro país: las instituciones y los organismos á que se han adaptado nuestros gustos, peligran y caen arruinados; y no tenemos ni el interés ni la capacidad de crear las instituciones y los organismos que requieren las fuerzas nuevas y todavía poco conocidas que rigen nuestra vida.

Así acontece con la industria francesa: el contrato de trabajo que ella adopta y las relaciones que pretende establecer entre patronos y obreros, corresponden al pequeño taller que desapareció, y la gran fábrica, la fábrica inmensa que cada día se extiende y se multiplica, no ha encontrado todavía el contrato de trabajo que le conviene, ni la forma de relaciones entre patronos y obreros que le corresponde. Cuánto tiempo durará esta oposición dolorosa, nadie puede decirlo, pero parece demostrado que no podrá pro-

longarse mucho más sin grave peligro; por ello sería una satisfacción para el autor de este libro que estas páginas pudieran animar á algunos espíritus independientes á analizar mejor las condiciones actuales del contrato de trabajo y de las relaciones entre patronos y obreros de la gran industria; que de este conocimiento más exacto depende la prosperidad de este país y el pan cotidiano de muchos millones de familias obreras.

BIBLIOTECA ALFONSO DE BOURBON